

DAVID WELLINGTON

ZOMBIE

PLANET



¿Qué quieren los no muertos aparte de carne fresca? Los pocos supervivientes que quedan después de diez años de infierno en la Tierra, han quedado reducidos a la categoría de presas, en un mundo dominado por los zombies.

Océanos de sangre, extremidades esparcidas, violencia gratuita y caos, junto con momias vivientes, un druida tramposo y la tecnología armamentística más cool y el humor negro de David Wellington, con los zombies como protagonistas absolutos.

Primera parte

Capítulo 1

Ayaan abrió la puerta de carga con una bota, y el aire seco del desierto se apoderó del interior del helicóptero. El aparato se bamboleaba y las soldados se agarraban a apoyos y cintas de nailon para mantener el equilibrio, pero Ayaan sencillamente cambiaba el peso de pie. La guerrera asomó la cabeza para mirar el cielo azul, sus rizos canosos ondeaban al viento. Su cara se arrugó al escudriñar las ardientes dunas. Había gente allí abajo, no podía discernir si viva o muerta, y avanzaban en dirección a su campamento. Por una vez no se trataba de una falsa alarma.

—Acércate un poco más —gritó ella.

Desde su puesto en los mandos, Osman no se volvió para responder, pero la tripulación lo oyó a través de sus auriculares.

—Por supuesto, chica. ¿Cuán cerca te gustaría? ¿Quieres olerlos?

Ayaan lo ignoró, para, en su lugar, volverse hacia Sarah. Ella le ofreció una cálida sonrisa a la joven y le hizo un gesto para que se aproximara.

—No te preocupes —le dijo ella—. No permitiré que te caigas.

Sarah fue hasta la puerta abierta del Mi-8 y se inclinó sobre los depósitos adicionales. Necesitaba tener una visualización mejor del ejército que había bajo ellos, sin la interferencia del fuselaje del helicóptero entre ella y la muchedumbre. Quince metros más abajo, brazos grises se estiraban hacia el helicóptero, como si pudieran cogerlo y hacer-

lo descender del cielo. Los muertos tienen una percepción de la profundidad nefasta.

—Necesito una estimación de sus fuerzas —exigió Ayaan—. ¿Son recientes?

Sarah estudiaba la muchedumbre a la par que Osman giraba en amplios círculos por encima de ellos. Este ejército había salido de la nada. Los muertos raramente anunciaban sus movimientos, pero un grupo de estas dimensiones requería cierto grado de coordinación. Los necrófagos descerebrados no trabajaban juntos a menos que alguna potente voluntad los estuviera dirigiendo. Para qué habían venido era un misterio. Lo que Sarah sabía era que Ayaan no lo permitiría. Este pequeño tramo de la costa de Egipto era su nación, tal vez la última nación de vivos que quedaba en la Tierra. No estaba por la labor de permitir que los muertos se apoderaran de ella. Ayaan siempre había profetizado que sucedería algo así. Durante años habían entrenado exactamente para este tipo de ataque, y finalmente, inevitablemente, había llegado. Se habían subido al helicóptero en el momento que recibieron los primeros informes de movimiento en el perímetro.

Ahora Ayaan quería la opinión de Sarah sobre cómo proceder. Sarah era más joven, acababa de dejar atrás la adolescencia, así que tenía mejor vista. También tenía otros sentidos de los que Ayaan carecía.

Tratando de ignorar el aullido del viento en el exterior del helicóptero, el resplandor del sol sobre la arena, Sarah se puso la capucha de su sudadera para cubrirse el pelo. Centró su atención en las partes de su ser que podían sentir muerte, tal como le habían enseñado. El vello de la nuca y los antebrazos. La sensible piel de detrás de las orejas.

Cerró los ojos pero siguió mirando.

Lo que vio la asombró. La superficie que tenían debajo rebosaba de energía púrpura, oscuras manchas donde los muertos se reunían con su furia latente, fríos y hambrientos. Pero entre aquellas sombras ardían almenaras de luz dora-

da, más fuerte, más vital, con vida. Imposible. Los muertos y los vivos no podían trabajar codo con codo. Los muertos existían sólo para devorar vida. Y sin embargo, ella veía lo que veía. Cuando estaba intentando procesar qué significaba, vio una de las formas doradas moviéndose, levantando algo hasta su ojo. Algo que sujetaba con ambas manos. Abrió los ojos y divisó a un hombre vivo de piel clara apuntándola directamente con un rifle.

—¡Cuidado! —gritó en su micrófono, tan alto que incluso ella se estremeció. Antes de que nadie pudiera responder, una bala ascendió a toda velocidad a través del fuselaje del Mi-8, fallando por poco el pie de una de las soldados de Ayaan. La mujer chilló y retrocedió de un salto cuando los proyectiles de fuego automático rasgaron la fina piel de la tripa del helicóptero. Una luz cruzaba fugazmente el interior de la cabina cada vez que una bala la perforaba, atravesando el fresco y oscuro espacio. El ruido martilleaba por las chapas de la cubierta, golpeteaba el techo del helicóptero. Ayaan comenzó a vociferar órdenes, pero Osman se había adelantado a ella. El helicóptero dio media vuelta inclinándose con tanta fuerza que Sarah creyó oír la estructura deseando desmontarse. El piloto tiró de su palanca de mando y salieron despedidos por el aire como el corcho de una botella de champán, ganando altitud lo bastante rápido para que el estómago de Sarah se replegara en sí mismo como un animal herido. Se tragó el vómito que ascendía por su garganta y levantó una mano para intentar apartarse el sudor de la frente. Sin embargo, se detuvo a medio camino cuando vio que su mano estaba pegajosa de sangre.

Aterrorizada para mirar, demasiado asustada para no hacerlo, se dio media vuelta lentamente. El interior del helicóptero había quedado cubierto de rojo brillante. La sangre formaba charcos entre los asientos de la tripulación y se filtraba pausadamente a través de lo que tal vez eran cien agujeros de bala. Lo que quedaba de una mujer muerta es-

taba desparramado sobre la cubierta, una mano hecha añicos, sin dedos, estaba tan próxima a Sarah que podría haberse agachado y sujetarla. Sintió un perverso deseo de hacer exactamente eso.

Era Mariam. La francotiradora experta del escuadrón. Había sido Mariam. No lo sería por mucho tiempo.

La mano se agitó. Se cerró en un puño no muy apretado. La soldado muerta tenía convulsiones en la parte superior, sus hombros giraban cuando ella se sentó para mirar a Sarah con los ojos en blanco. Tenía la boca abierta, la sangre manaba entre sus dientes. La mayor parte del flanco izquierdo de su caja torácica había volado. Definitivamente no respiraba.

Podía suceder así de deprisa. Sarah ya había sido testigo de cómo se levantaban los muertos antes. Ayaan le había enseñado qué hacer al respecto. Sacó su pistola del bolsillo e hizo un disparo hacia la frente de la mujer muerta. La nueva necrófaga ya estaba arremetiendo contra ella cuando abrió fuego. Una pequeña erupción de sangre estalló en la sien derecha de la mujer. No era una ejecución definitiva. Podía sentir a la necrófaga acercarse a ella, aproximarse. Eran lentos pero implacables, un solo arañazo o mordisco bastarían. Sus dedos temblaron cuando levantó el arma e intentó apuntar.

Ayaan se abalanzó sobre Mariam y la cogió por el hombro y la cadera que le quedaba.

—¡Cúbrete! —le gritó a Sarah. Ella se protegió la cara y la cabeza de las zarpas mientras Ayaan empujaba a Mariam por la puerta abierta. Su cuerpo no muerto bajó girando para chocar contra la arena en medio del ejército que había en tierra.

Ayaan y Mariam se conocían desde que eran colegialas, desde antes de que les viniera la regla. Desde antes de tener que aprender cómo disparar. Nadie dijo una palabra de protesta o indignación. La cosa que Ayaan había tirado por los aires ya no era Mariam, y todas lo sabían. Así era ahora

esa clase de mundo, y así había sido durante doce duros años.

Osman continuó ascendiendo hasta que estuvieron fuera del alcance de las armas de fuego. Los muertos seguían intentando coger el helicóptero, pero los vivos dejaron de disparar y ellos estuvieron a salvo de nuevo.

—Armas de fuego —dijo Ayaan, moviendo la mandíbula para destaponarse los oídos—. Los muertos no disparan.

Sarah se armó de valor. Tenía que participar en esta conversación.

—También había vivos ahí abajo. Tal vez un tercio del total. Todos llevaban rifles. No puedo decir que sepa cómo lo hacen.

Ayaan asintió.

—Sabíamos que tenía que haber uno de ellos dándole un apoyo cercano. —Uno de ellos. Un *khasiis*. La palabra somalí significaba «monstruo». Los angloparlantes utilizaban la palabra *lich*. Los muertos no tan descerebrados. Cuando un necrófago se las arreglaba para mantener su intelecto después de la muerte, también tenía tendencia a desarrollar ciertas facultades nuevas. Aprendían a ver la energía de los muertos, igual que Sarah había hecho. Algunos de ellos aprendían a controlar a otros no muertos, a comunicarse con ellos telepáticamente y someterlos a sus monstruosas voluntades. Ayaan tenía experiencia con los *liches*. Había tenido que disparar a uno en la cabeza un año atrás, uno llamado Gary. Gary no sólo había sobrevivido al disparo, además había esclavizado una ciudad entera. Había sido necesario un verdadero infierno para acabar con Gary, y Ayaan había perdido muchos amigos en el proceso. Uno de esos amigos había sido el padre de Sarah.

—Debe de haber un objetivo de alto nivel en las proximidades —dijo Ayaan.

—«Alto nivel» es correcto si puede superar su instinto natural de devorar a los vivos. —Fathia, la segunda al mando de Ayaan, apoyó la barbilla en la culata de su rifle de

asalto y pareció asustarse—. Gary podía hacer eso, durante breves periodos. Pero incluso él tenía límites. Si este ejército lleva en marcha mucho tiempo, avanzando juntos, necesitaría de un *khasiis* más poderoso que Gary. Y sólo hay uno de ese tipo del que tengamos conocimiento.

—El Ruso —dijo Ayaan. Sus ojos se entrecerraron en delgadas y furiosas líneas—. El Zarevich.

Sarah sabía que tenía que ser cierto. Pero ¿qué podría estar haciendo el monstruo más preeminente en Egipto? Todo el mundo conocía la historia del chico *lich*. Había resultado herido en un accidente de tráfico, un atropello con fuga, en la época en la que todavía había coches. Había languidecido en un estado semicomatoso durante años en una cama de hospital, medio muerto incluso antes de que la Epidemia estallara. Cuando los muertos se levantaron, el chico fue abandonado donde estaba, sólo para morir y despertar con su intelecto intacto, y con nuevos sentidos y destrezas, nuevos poderes sobrenaturales que nadie había visto antes.

Se decía que tenía un ejército de muertos y un culto de vivos, y que en algunas partes de Siberia estaba considerado la Segunda Llegada de Jesucristo. Las historias sobre él siempre versaban en torno a su crueldad y su poder. Lo retrataban como un demonio. Por su parte, él sólo afirmaba ser un zarevich, un Príncipe de los Muertos. Todo el mundo conocía estas historias, pero nadie había imaginado que llegaría tan lejos.

—Ha venido aquí en persona —dijo Ayaan—. Está aquí ahora. —Sus fríos ojos se iluminaron, pero no se volvieron más cálidos—. Ha cometido un error.

Capítulo 2

Ayaan tenía una responsabilidad para con los supervivientes, los vivos, que había dejado fuera de Port Said. Podría haber ordenado a Osman en cualquier momento dar media vuelta y brindar apoyo aéreo al campamento. No lo hizo. Las otras mujeres del helicóptero comenzaron a intercambiar miradas de soslayo, ocasionales preguntas inacabadas.

—Nunca nos hemos enfrentado a un enemigo armado antes. ¿No deberíamos reagruparnos, conseguir refuerzos? —preguntó Leyka.

Ayaan se volvió y las fulminó con la mirada. Todavía tenía gotas de sangre de Mariam en la mejilla.

—El campamento está preparado contra los ataques, si es que eso es lo que él persigue. Si ahora le damos la oportunidad de escapar, puede que no volvamos a verlo nunca. Vamos a encontrar al Ruso hoy, y vamos a dejarlo fuera de juego.

Era suficiente para la mayoría de los soldados. Ayaan las había guiado a extraños enfrentamientos y había demostrado su brillantez táctica cientos de veces. Si decía que sabía lo que estaba haciendo, ellas la creían. Sarah no estaba tan segura, pero se lo reservó para sí misma. Las mujeres recordaban a su padre con respeto, pero eso nunca se había hecho extensivo a ella. Como el miembro más joven de la unidad de Ayaan y la única no somalí, su opinión contaba poco. Sin embargo, no podía evitar tener un mal presentimiento.

Ayaan siempre había sido más que precavida. Había rozado la paranoia en el pasado, y eso había mantenido a su

gente con vida. Ahora se estaba metiendo en la boca del lobo. No tenía sentido.

—Tengo confirmación visual de un segundo grupo —informó Osman por los auriculares—. Más pequeño..., tal vez cincuenta individuos.

—Mantente cerca de ellos, pero con un ojo en tierra. —Ayaan tenía unos binoculares en la mano. Habían sido diseñados para visión nocturna, pero la batería había muerto años antes. Todavía funcionaban como prismáticos a plena luz del día. Su voz sonó como una cascada de cubitos de hielo—. Allí.

Sarah se adelantó sirviéndose de las manos, agarrándose a las asas de nailon cosidas a los reposacabezas de los asientos de la tripulación. En la cabina de mando del Mi-8 podía divisar la superficie terrestre a través del morro de cristal y ver de lo que estaba hablando Ayaan. Unas cincuenta personas, casi todas ellas muertas, estaban trepando la ladera de una duna de arena bajo ellos. La mayoría tiraban de gruesos cables, arrastrando un vagón de carga con enormes neumáticos de caucho. En la parte de atrás había agazapada una especie de tienda, tal vez una yurta. De los lados del vagón sobresalían algunas ametralladoras de calibre 50 sobre trípodes universales, mientras que en medio, los necrófagos estaban al lado de enormes manivelas, ajustando la suspensión del vagón en su ascenso a tropicónes por la duna.

La puerta de la yurta se abrió y alguien emergió del oscuro interior. Entonces le sucedió algo a la luz del interior del helicóptero, a los ojos de Sarah, y a sus sentidos más sutiles. Miró de nuevo a la figura de la entrada de la yurta. A pesar de que estaba a quinientos metros de distancia, Sarah podía distinguir sus rasgos a la perfección. Tenía la sensación de estar observando a través de prismáticos, aunque no era así. Se trataba de un niño, más bajo incluso que ella, de unos diez o doce años. Era asombrosamente guapo.

Su piel era tan blanca que resultaba cerúlea bajo el sol del desierto. Su tez era de una claridad perfecta, su cabello era dorado pálido aún más claro que su piel. Sus grandes y conmovedores ojos ardían en llamas azules. Llevaba la armadura de un guerrero medieval, reducida para encajar en su complexión y esmaltada en un negro brillante con un motivo de huesos y viñas rastreras. En la mano derecha sujetaba un cetro coronado con una calavera humana blanqueada. En las oscuras cuencas de sus ojos centelleaban sendos zafiros.

El niño miró directamente a Sarah. No sólo en su dirección, sino a ella, estableciendo contacto visual. Momento en que supo que algo iba mal.

—Agarraos a algo, señoritas —gritó Osman a la vez que giraba el Mi-8. Las ametralladoras montadas en el vagón abrieron fuego con munición trazadora, las chispas amarillas dibujaban arcos e intentaban tocar el helicóptero. Fathia se levantó de un salto de su asiento mientras las balas pasaban tan cerca que Sarah se deslumbró con sus parpadeantes luces. La soldado comenzó a sacar rifles de asalto a tirones de la armería de la parte delantera de la zona de carga y se los pasó a sus compañeras de escuadrón. Ayaan se quitó el cinturón de seguridad y retiró la funda de su arma. El mismo AK47 que llevaba desde que dejó la escuela.

Osman nunca había impresionado a Sarah por su valor, pero él no se amilanó ante las órdenes de Ayaan; tal vez ambos compartían algún motivo secreto para actuar de modo tan irracional. El piloto aceleró el helicóptero y empujó el timón hacia delante, lanzando el Mi-8 directo hacia el vagón con toda la potencia que permitía el motor termoelectrónico dual. Los soldados se asomaron por la puerta de la tripulación y por la rampa trasera, protegidas de una caída mortal sobre la arena sólo por las cuerdas de seguridad. El aire en el interior del helicóptero vibraba con el ruido de las descargas continuas de sus armas. Así de rápido estaban en medio de una batalla.

Uno de los necrófagos que se encargaba de las manivelas del vagón se desplomó contra la misma; su cabeza era una mancha oscura. El vagón se inclinó bruscamente a un lado. Las tropas del Ruso respondieron con una salva de balas por el fuselaje del helicóptero y reventando una de las ventanas de ojo de buey del flanco de estribor.

—Vuelve, esta vez más cerca —chilló Ayaan mientras metía un cargador entero en su rifle y ajustaba su mira de hierro.

—Te llevaré hasta sus narices si quieres, y allí te dejaré —contestó Osman, pero giró para hacer otra pasada. Hizo descender el helicóptero a poca altura y a mucha velocidad, casi perdiendo el tren de aterrizaje cuando rozaron la parte superior de la yurta. El rifle de Ayaan hizo un ruido seco y escupió tres ajustadas y controladas ráfagas de tres balas cada una. Los necrófagos que arrastraban el vagón se apartaron de sus disparos, pero no lo bastante rápido. Las cabezas estallaron, los cuerpos giraron sobre sí mismos y se desplomaron. Uno de los encargados de las ametralladoras resbaló y cayó en la arena, la sangre salía a chorro de su esternón partido.

Sarah miraba fijamente al chico que estaba en pie en el vagón. Parecía la viva imagen de la calma. La descarga cerrada de balas ni siquiera lo había despeinado. Había algo que no acababa de estar bien en su energía. Era oscura, por supuesto, el chico era un no muerto, un *lich* entre *liches*, y su energía absorbía luz como un agujero negro, pero... ¿qué era? Sarah no se decidía. Pero algo no iba bien.

Aparecieron agujeros de bala en el suelo del helicóptero, y Leyla se apresuró a tirar una manta blindada recubierta de caucho Kevlar sobre las chapas de la cubierta para brindar algo de protección a los soldados. Cuando el helicóptero giró y se alejó del vagón y del alcance de la ametralladora restante, Sarah ató su cuerda de seguridad al suelo y trató de agarrar el brazo de Ayaan.

—¡Eh! ¡Eh! —dijo ella, intentando moverse con el helicóptero cuando éste se ladeó, con brusquedad—. Hay algo... —gritó, pero su casco mal encajado se había torcido y no podía oír su propia voz por encima del ruido del motor—. ¡Ayaan! —chilló.

Ayaan no perdió más tiempo. En la tercera pasada, cambió su arma a fuego automático y vació un cargador sobre el chico ruso, sus brazos siguiéndolo con la precisión de una máquina. La madera del suelo del vagón se astilló y escupió polvo, pero él ni siquiera miró a Ayaan. No, sus ojos todavía seguían fijos en Sarah. Todavía la miraba a ella. Dentro de ella.

En la cabina de mando las luces destellaban en el panel de controles de Osman y una alarma aullaba con urgencia. La ametralladora había acertado un blanco de verdad, había hecho explotar uno de los depósitos de combustible del Mi-8. Los sistemas automáticos de incendio y las cámaras de aire de seguridad se activaron y evitaron que el helicóptero estallara, pero unas llamas azules prendieron el fuselaje y las salpicaduras de keroseno en llamas penetraron por la puerta abierta de la tripulación.

—Ayaan, él no es... él no está... —A Sarah le costaba concentrarse en las palabras. La mirada del chico la dominaba, obligándola a mirarlo de nuevo. Vio tanta inteligencia en sus pómulos, tanta pena en sus labios azulados. La estaba hipnotizando, lo sabía, y sabía cómo combatirlo, pero le dificultaba la capacidad de hablar.

Levantó la vista y vio que Ayaan había cogido un RPG-7V de la armería. Deslizó una bulbosa granada propulsada por cohete en el tubo y levantó la mirilla hasta su ojo.

Sarah echó un vistazo a su espalda y vio que la puerta de tripulación de babor todavía estaba cerrada. Si Ayaan disparaba el RPG dentro del helicóptero, la implosión volaría la puerta y los freiría a todos con el gas saturado. Tan concentrada como estaba en su objetivo, Ayaan parecía estar por encima de tales preocupaciones.

Soltando su cuerda de seguridad, Sarah se lanzó a lo largo de la cabina y tiró con fuerza de la palanca de la puerta justo cuando Ayaan localizaba a su objetivo y apretaba el gatillo. El humo se propagó en un chorro cónico por la parte de atrás del lanzagranadas y se dispersó con el viento. Sarah miró por la puerta abierta y observó la granada propulsarse hacia su objetivo. Finalmente, el chico apartó la vista de ella y volvió la cara hacia el proyectil. Alzó su cetro como si pudiera desviar el explosivo. No funcionó.

Una nube marrón se elevó en la superficie del vagón, un caos de astillas y restos. Uno de los trípodes de las ametralladoras salió volando, alejándose entre volteretas del vagón. Los hombres muertos, que seguían incansables accionando la manivela, se quedaron inmóviles en el sitio mientras los escombros salpicaban sus cuerpos y los arrojaban contra las ruedas.

Cuando se despejó el humo, se podía ver un agujero de un metro de diámetro en la parte superior del vagón, un enorme cráter donde antes había madera sólida. De pie en medio del agujero estaba el chico ruso. Sus mejillas ni siquiera se habían manchado de hollín.

Sarah se dio cuenta de que no, no estaba de pie en medio del cráter. Estaba flotando sobre él. No se había inmutado, literalmente... estaba flotando en el aire a pesar de que habían volado el vagón que tenía bajo los pies. Sarah lo estudió con sus sentidos ocultos y masculló una palabrota. Forcejeó para colocarse bien el casco.

—Ése no es él... es una proyección, Ayaan, una proyección mental. No es más que una ilusión óptica.

—*Seelka meicheke* —maldijo Ayaan. Tiró el lanzagranadas en la cubierta del helicóptero con un estruendo metálico. Osman se apartó, lejos del alcance de las armas de fuego, a pesar de que la ametralladora que quedaba en el vagón estaba dando vueltas sin control y nadie se ocupaba de ella. Todos los ojos del helicóptero se dirigieron a Ayaan.